

Vivir la Pascua hoy

FREI BETTO

HÉLIO PELLEGRINO, sicoanalista y escritor, decía que no hay nada más radical que creer en la resurrección de la carne, según lo profesa el dogma cristiano. Y así lo escribió en su texto **Apuesta pascual**.

¿Qué significa creer hoy en la resurrección de la carne? Carne significa, para la doctrina cristiana, la consistencia material del Universo. Según el apóstol Pablo no solo resucitarán con Jesús los seres humanos sino toda la Creación (Romanos 8).

Por más fantásica que esta creencia resuene en los oídos de quien no tiene fe, el hecho es que ella es la única posibilidad de derrotar a nuestro enemigo ineluctable: la muerte. Esa dama de la guadaña que, a la luz de la razón, dice la última palabra, aunque la ciencia se empeñe en prolongar nuestra existencia —en base a cirugías y ejercicios—, es vencida por la esperanza de que hay luz al final del túnel.

La Pascua, en su origen hebreo, es un hecho político: bajo el reinado del faraón Ramsés II, en el 1250 a.C., conducidos por Moisés los hebreos se liberaron de la esclavitud en Egipto. Basta eso para que hoy sea conmemorada como incentivo para combatir toda forma de opresión, prejuicio y discriminación.

Nacemos de la misma manera, al morir tendremos todos el mismo destino y, mientras tanto, las desigualdades imperan en nuestro modo de vivir. Diferencias de condiciones sociales y culturales influyen en nuestras ópticas desfiguradas y, en general, criminales, en relación al otro. Es el caso del hombre que se cree superior a la mujer, del blanco que discrimina al negro, del heterosexual con prejuicio hacia el homo, del rico indiferente ante el pobre.

Ejemplos actuales son la criminalización de los inmigrantes por parte de los países ricos, la sospecha de que todo musulmán es un terrorista en potencia y los discursos electorales de los precandidatos republicanos a las elecciones presidenciales en los EE.UU.

La Pascua, para los cristianos, además del hecho político encabezado por Moisés, es sobre todo la proclamación de que Jesús, asesinado en Jerusalén hacia el año 30 de nuestra era, condenado por dos poderes políticos, venció a la muerte y manifestó su naturaleza también divina.

Una fe que comporta la creencia en la divinidad de un predicador tenido por subversivo por las autoridades de su tiempo, debe al menos preguntarse: ¿por qué lo asesinaron? ¿no era un hombre bueno? ¿no hizo solo el bien?

La fe vacía el sentido de la resurrección de Jesús cuando no se pregunta por las razones de su muerte. Él no quería morir. Le suplicó a Dios, al que trataba con la intimidación relacional de un hombre a su padre, que alejase de él aquel cáliz de sangre. Tuvo miedo. Se refugió en una plantación de olivos. Apresado, no negó lo que había hecho y predicado, y pagó con la vida su coherencia.

Asesinaron a Jesús porque él quería lo obvio. Esto obvio es tan obvio que, todavía hoy, muchos fingen no verlo: vida en plenitud para todos (Juan 10,10). Y no es preciso saber economía, basta con usar la aritmética para darse cuenta de que hay suficiente riqueza en el mundo para asegurar una vida digna a sus siete mil millones de habitantes.

La renta mundial per cápita es hoy de 9 390 dólares. Sin embargo, basta mirar alrededor para ver a nuestros semejantes tirados por las aceras, rebuscando en la basura para alimentarse, viviendo en champas, sometidos a trabajo esclavo. Basta con mirar un canal de TV para encontrarse con el rostro cadavérico de los africanos hambrientos. Basta con hojear el periódico de cada día para leer que dos tercios de la humanidad todavía viven por debajo de la línea de la pobreza. Y que el 20 % de la población concentra en sus manos el 84 % de la riqueza global.

Pascua significa paso, travesía. El domingo nosotros, los cristianos, iremos a la iglesia a celebrar esta que es la más importante fiesta litúrgica. ¿Y qué cambiará en nuestras vidas? ¿Saliremos de nuestro conformismo para ayudar a romper las ataduras de la opresión? ¿Vamos a cambiar nuestra óptica del lugar del opresor para encarar la realidad a través de los ojos del oprimido, como sugería Paulo Freire?

Es fácil tener religión y profesar la fe en Jesús. Lo difícil es tener la espiritualidad y la fe de Jesús.

Inmutable política de hostilidad hacia Cuba

MANUEL E. YEPE

AUNQUE TODAS LAS encuestas de opinión muestran que la mayoría de los ciudadanos estadounidenses discrepan de la política oficial de su país respecto a Cuba, hasta los más partidarios de la normalización de los vínculos con la Isla vecina suelen partir de concepciones erróneas —o al menos inexactas— en cuanto al origen y los aspectos más censurables de esta política.

La más extendida de estas concepciones es la de que el curso hostil de las relaciones con el pequeño país vecino es incorregible por la presión política que ejerce la inmigración de origen cubano radicada en la Florida, cuyo apoyo la hace intocable en periodos de elecciones federales.

Pero la inmigración cubana no es la más numerosa en Estados Unidos, ni siquiera entre las hispanas.

Tampoco el llamado lobby cubano es un grupo de presión característico, pues no responde, como los demás en el Congreso, a un gobierno extranjero que lo utiliza para ejercer influencia en la política exterior de Washington como extensión del trabajo de sus embajadas. El lobby cubano se manipula desde adentro como grupo de presión contrario a las relaciones entre Estados Unidos y Cuba.

La responsabilidad por la existencia y “fortaleza política” del llamado lobby cubano en el Congreso no radica verdaderamente en la comunidad de inmigrantes cubanos en la Florida, sino en una estrategia de dominación de la derecha ultraconservadora de Estados Unidos, con objetivos políticos claramente definidos que incluyen el mantenimiento de la tensión en el Estrecho de la Florida.

Las leyes estadounidenses conceden a los inmigrantes cubanos, con fines promocionales y como acción de guerra contra la Isla, prerrogativas tales como admisión automática, ubicación laboral al arribo, asistencia económica y privilegios en el proceso para recibir la condición de residentes y luego la ciudadanía, beneficios que no son brindados a inmigrantes de otras nacionalidades.

Buena parte de los cubanos llegados durante los tres primeros años que siguieron al triunfo revolucionario en la Isla, fueron reclutados por los cuerpos de inteligencia estadounidenses para ser utilizados en acciones agresivas contra Cuba, dada su experiencia represiva adquirida al servicio de la tiranía derrocada. Algunos sirvieron, así mismo, para el desarrollo de acciones de guerra sucia contra las fuerzas patrióticas que —siguiendo el ejemplo cubano— se lanzaban a la lucha contra las tiranías militares impuestas por Washington en varias

naciones de la región.

Así se conformó un ejército informal de personas de habla hispana, capaz de enmascarar la mano estadounidense en acciones de violencia contrarrevolucionaria, como la genocida operación Cóndor que, en mayor o menor medida, sufrió toda Latinoamérica.

La fortaleza económica del “exilio cubano” nació del dinero mal habido extraído de Cuba, en grandes cantidades, ante la previsible caída del dictador Fulgencio Batista, al que se sumó el que llevaron consigo los prófugos de la justicia que huyeron junto al tirano.

Creció con el financiamiento de la CIA para sabotajes en la Isla y los presupuestos del Departamento de Estado para la creación de organizaciones de terroristas “pro-democratización” de Cuba que, en ocasiones, incursionaban en el narcotráfico con la protección que les garantizaban la CIA y el dominio de la logística y las comunicaciones con que esta agencia les había habilitado.

Los abundantes recursos financieros asignados al proyecto aportaron relevancia social en el Sur de la Florida a esta formación de mercenarios presentados por los medios dominantes como “luchadores por la libertad y la democracia”. Otros cubanos que emigraban por temor a los efectos del bloqueo y ante la creciente agresividad militar de Estados Unidos, o directamente afectados por la radicalización del proceso revolucionario, fueron sumándose a los esfuerzos estadounidenses por recuperar el dominio de la Isla y evitar la propagación de su ejemplo.

Veinte años después muchas de esas personas, enriquecidas y amparadas por la CIA y demás agencias de inteligencia a las que habían servido, fueron transformadas en políticos estadounidenses. Desde entonces dedicaron su tiempo a hacer terrorismo contra Cuba en el terreno de la política en Estados Unidos y a emplear sus puestos para socavar la política exterior hacia Cuba, favoreciendo sus agresivas agendas.

La administración de Reagan hizo el milagro de lavar sus expedientes para llevarlos a ocupar cargos políticos en todos los niveles. Algunos son hoy congresistas federales integrados en la extrema derecha conservadora de Estados Unidos y jurados enemigos de las relaciones con nuestro país.

Es esa la razón por la que los desmanes del “lobby cubano” no son atribuibles a los cubanos, sino al orden establecido en Estados Unidos, que podría desecharlo en cualquier momento, como tantas veces lo ha hecho con quienes le han servido y han dejado de serle útiles.

